La artista Silvia Lerín ante dos de sus obras expuestas en la Galería Cuatro de Valencia. E. M.

«Reivindico la belleza del óxido»

Silvia Lerín muestra en la Galería Cuatro una serie de obras en torno a lo que ha dado en llamar la piel del cobre

SALVA TORRES VALENCIA

Ha vuelto a Valencia para exponer en la Galería Cuatro el fruto de su experiencia en Londres, donde ahora reside. Allí, para subsistir, trabajó en el departamento de ingeniería de una empresa, rodeada de grandes depósitos metálicos de agua. Y lo que para cualquier mortal hubiera sido un periodo gris relacionado con la más estricta laboriosidad cotidiana, a ella le dio pie a interesarse por conductos de metal, tuberías y otros objetos similares que después se han convertido en motivos de su obra plástica. «Todo eso me impactó mucho», dice Silvia Lerín, cuya *Copper Skin* o *Piel de cobre* exhibe en Cuatro hasta el 20 de enero.

El título ya conjuga la dialéctica que hay en sus más recientes trabajos: lo cálido de la piel y la supuesta frialdad del cobre. Dialéctica que la propia artista amplía al óxido que desprende este metal sometido al paso del tiempo y que, en su caso, se aleja del carácter negativo, para fijarse de una forma creativa en su otro lado positivo. Positividad derivada de la percepción que del cobre obtiene la artista y que guarda relación con el presente vivido. «Estoy en un momento positivo de mi vida, porque estoy de pintura *full time* [a tiempo completo]», afirma Lerín.

«Reivindico la belleza que hay en el óxido», dice exultante. Para ella, esa oxidación del metal, sin duda ligada al tiempo que todo lo corroe y, por tanto, a cierto vislumbre de la muerte, tiene connotaciones plásticas que le subyugan. Diríase que el verde, producto de esa oxidación, está provocando en su pintura una suerte de liturgia amorosa en torno al color, las texturas y la materia que, por otro lado, son consustanciales a su trabajo.

«En lugar de lo negativo de la oxidación, yo me quedo con la parte positiva, porque esa oxidación lo que produce son colores verdes y azules aturquesados, que son protectores del cobre», explica Lerín con vivo entusiasmo. Una capa protectora ligada a esa piel del título. Piel que, a su vez, alude a esa otra piel humana que queremos tersa de por vida y que, sin embargo, a ella le provoca nuevas reflexiones. «La poética del paso del tiempo en un objeto está cargado de evocaciones sobre las propias relaciones humanas», afirma quien destaca la experiencia que vamos atesorando las personas durante el transcurso mismo de la vida.

«Cuando veo alguna cara con arrugas y la gente obsesionada con quitárselas, le digo, no te las quites que son la expresión de tu alma». Por eso Lerín insiste en la belleza del óxido, en proclamar la dignidad de esa piel que protege al cobre, de la misma forma que el tiempo bien empleado le da al ser una pátina solemne. «Quiero reivindicar la belleza escondida en la oxidación y el paso del tiempo». Frente a lo claramente visible, la artista valenciana sugiere en su obra la sutileza que hay detrás de tan lacónica percepción. Plutarco decía que el matemático Pitágoras, cuando era preguntado sobre qué era el tiempo, solía responder que era el alma de este mundo.

Lerín diríase motivada por esa búsqueda del alma que encierra el óxido del cobre y la propia piel humana. «Me gusta jugar con la ambivalencia de los materiales», señala. Por eso las telas adquieren cierta presencia metálica, al tiempo que el metal se confunde en determinadas piezas con la tela, desdibujándose las barreras que los separan. «Aunque haya esculturas e instalaciones, los límites no están definidos». De ahí que el espectador pueda pensar si no está delante de esculturas pictóricas o de pinturas con semblante escultórico. Texturas, colores y composición dialogan entre sí en la obra de Silvia Lerín, para crear un universo caracterizado por la búsqueda del alma en ese tiempo fluyente en el que se enmarca su trabajo.

FUERZA VISUAL

Como explica la propia artista, «desde el 2017 me encuentro muy atraída por las características más visuales de los materiales y de cómo la fuerza visual de esas características prevalece a través de capas de pintura». Por eso habla de cierto «reaparecer» de aquello aparentemente oculto, para lo cual se hace necesario como tirar de «esa epidermis verdosa» bajo la cual emergería de nuevo la superficie del cobre. Lerín juega con ese proceso de ocultamiento y desvelamiento que, en todo caso, deja en manos de un espectador activo y sensible a los cambios y sutilezas de su trabajo.

«Estoy como un volcán», subraya, refiriéndose a la positividad de su momento actual, en el que está vendiendo obra tanto en Londres como en Estados Unidos, después de haber disfrutado de una beca y haber tenido que trabajar para sobrevivir. «Ahora ya puedo dedicarme por entero a la pintura». También alude al polémico Brexit, que le puede afectar, dice, «a nivel de transporte de obra, más que otra cosa», aunque vuelva a aflorar su optimismo: «Creo que se calmará todo y a nivel de precios también». Entretanto, Lerín anima al espectador a observar su obra «relajadamente», para que se le ponga la carne de gallina contemplando esa piel de cobre.